

Sumario

El autor llama la atención sobre la profusión de citas bíblicas en el Documento de Aparecida, superior al de las Conferencias generales anteriores. Sin embargo, la verdadera fortaleza de Aparecida es el recurso a la Palabra de Dios como fuente de inspiración para el planteamiento del tema central de la V Conferencia: “discípulos - misioneros - vida”. Los Obispos elaboraron su reflexión teológica y pastoral desde la revelación de Dios consignada en las Escrituras, leída como fuente de verdad y discernimiento en el caminar de la Iglesia en Latinoamérica. Se plantea un gran desafío: pasar de lo que tradicionalmente se ha llamado “pastoral bíblica” a una animación bíblica de la pastoral, la cual consiste en recuperar para todos los fieles la riqueza de la Escritura como alimento imprescindible que la Cabeza (el Señor glorificado) ofrece a su Cuerpo (la Iglesia redimida). Así, los fieles cristianos podrán asumir el estilo de vida de Jesús: pasión por el Padre y por el encargo del Padre, el Reino; renunciar a sí mismo y cargar la cruz; inmolar la vida por Jesús y el Reino; opción por los pobres y marginados; y llevar a cabo adhesiones vitales.

La “Palabra de Dios” en la V Conferencia de Aparecida

Monseñor Santiago Silva Retamales

Obispo Auxiliar de Valparaíso, Chile.

*Presidente del Centro Bíblico
para América Latina-CEBIPAL*

Introducción

La V Conferencia general del Episcopado Latinoamericano y del Caribe tuvo lugar en el santuario mariano de Aparecida, Brasil, del 13 al 31 de mayo del presente año, y su temática fue: «Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan vida. “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14,6)». Producto de la reflexión de los Obispos es lo que conocemos con el nombre de *Documento de Aparecida*.

Cuando hablamos de la Palabra de Dios en dicho documento nos referimos -por lo menos- a tres realidades: *a)*- cómo se emplea la Sagrada Escritura en el *Documento*; *b)*- cuál es el sustrato bíblico en el que se fundamentan sus afirmaciones teológico-pastorales, y *c)*- qué dice el *Documento* respecto al empleo pastoral y espiritual de la Escritura.

Estos tres aspectos bíblicos dan lugar a los *tres apartados* del presente artículo, el que se cierra con una *conclusión* donde se plantean, a juicio del autor, las proyecciones de la *Sagrada Escritura* en la vida de la Iglesia¹.

¹ Siglas empleadas: **AA**: CONCILIO VATICANO II, *Apostolicam actuositatem*; **ABP**: “Animación bíblica de la pastoral” del pueblo de Dios; **CEBIPAL**: “Centro bíblico-pastoral para América Latina”, centro académico del Consejo Episcopal para América Latina (**CELAM**); **DA**: *Documento de Aparecida*; **DF**: BENEDICTO XVI: “Discurso inaugural” a la V Conferencia (13 de mayo del 2007); **DM**: *Documento de Medellín*; **DP**: *Documento de Puebla*; **DStoD**: *Documento de Santo Domingo*; **DS**: *Documento de Síntesis*; **DV**: CONCILIO VATICANO II, *Dei Verbum*; **G et S**: CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et spes*; **MP**: *Manual del Participante*, Aparecida 2007; **NMI**: JUAN PABLO II, *Novo millennio ineunte*; **RM**: JUAN PABLO II, *Redemptoris missio*.

1. Empleo de la Sagrada Escritura en el *Documento de Aparecida*

Llama la atención la profusión de citas bíblica en el *Documento de Aparecida* al compararlo con los documentos de las Conferencias generales anteriores. Sin embargo, esto no constituye la fortaleza de Aparecida. Un documento no es "bíblico" en razón de las citas de la Biblia que contiene o por el desarrollo de temas bíblicos al interior del mismo.

La fortaleza de Aparecida es el recurso a la Palabra de Dios como fuente de inspiración para el planteamiento del tema central de la V Conferencia ("discípulos - misioneros - vida"). Su riqueza, pues, está en que los Obispos elaboraron su reflexión teológica y pastoral desde la revelación de Dios consignada en las Escrituras, leída como fuente de verdad y discernimiento en el caminar de la Iglesia en Latinoamérica.

Cuando se planteaba qué tipo de documento debía ser el de Aparecida, se afirmaba con insistencia que tenía que ser "pastoral" y "bíblico".

Para mostrar el interés en hacer realidad el "criterio bíblico" me refiero a uno de los esquemas previos al *Documento* que se discutió en la *Comisión de Redacción*, compuesta por ocho Obispos elegidos por la Asamblea y la colaboración de algunos peritos². Dicho esquema se inspiraba en la sentencia de san Juan presente en el enunciado de la V Conferencia: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida» (Jn 14,6). A este esquema bíblico se unía estrechamente el método "ver - juzgar - actuar".

El esquema se pensaba con un capítulo introductorio que presentara a Jesucristo y el Reino como anuncio kerigmático y plenitud de la historia de la salvación. Luego un segundo capítulo hablaría de Jesús en cuanto camino al Padre; su finalidad era *ver* o *mirar* con ojos de discípulos y pastores el camino de la sociedad y de la Iglesia hacia la plenitud escatológica, discerniendo los dones de Dios y nuestras debilidades en el anuncio del Reino. Un tercer capítulo se ocuparía de

² MP, pp. 28-29.

Jesús en cuanto Verdad que salva; su contenido sería el anuncio de la Buena Nueva de Jesucristo y su Reino, interpelando a las personas y la sociedad (*juzgar*), y en razón de lo que todo en Cristo está llamado a ser (plenitud escatológica). El último capítulo trataría acerca de cuál es la vida que Jesús quiere para nuestros pueblos y para la Iglesia con su respectivo camino pedagógico (*actuar*).

Cuando llegó el momento de elegir el esquema, se prefirió uno que ayudara a suscitar los temas nucleares de los que tendría que ocuparse la V Conferencia. Luego, por el desarrollo de la misma y siempre pensando en un *Documento* que brotara de la Palabra de Dios, la *Comisión de Redacción* vio conveniente optar por el tema de la “vida” que Jesús es y ofrece. Este hilo conductor es, pues, el que inspira todo el *Documento* como claramente se ve al considerar los títulos de las tres partes que lo conforman: «La vida de nuestro pueblo hoy» (*ver*), «La vida de Jesucristo en los discípulos misioneros» (*iluminar - juzgar*) y «La vida de Jesucristo para nuestros pueblos» (*actuar*)³.

2. Sustrato Bíblico del *Documento de Aparecida*

2.1. *El Documento de Síntesis y el Documento de Aparecida*

Para que el pueblo de Dios participara en la V Conferencia se preparó y editó un subsidio llamado *Documento de Participación*⁴, del que se elaboraron 18 *Fichas* que se repartieron a las Diócesis, sus comunidades eclesiales, las universidades y colegios y otras instancias de Iglesia.

En noviembre del 2006 se reunieron en la sede del *CELAM*, Bogotá, cerca de 2.500 hojas “tamaño carta” con aportes. Después de una primera compaginación, el *CELAM* reunió en enero del 2007 una *Comisión de Redacción* con la tarea de producir un documento que reflejara lo mejor posible las contribuciones, dándoles una estructura teológico-pastoral que pudiera luego servir en el desarrollo de la V

³ Cfr. L. ORTIZ LOZADA: «La importancia del método en el Concilio y en el Magisterio Episcopal Latinoamericano», *Medellín* 126 (2006) 313-331.

⁴ *Documento de Participación. Hacia la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe*, Bogotá D.C. 2005. Cfr. A. STANOVNIK: «Claves de lectura para el documento de participación», *Medellín* 125 (2006) 29-59.

Conferencia. No se pretendía «recoger materialmente todas y cada una de las propuestas que nos han llegado del Continente, sino expresarlas con fidelidad al espíritu en sus aspectos más significativos»⁵.

El producto de este trabajo es el llamado *Documento de Síntesis*⁶, de 188 páginas y 364 párrafos numerados. Una vez examinado por la presidencia de la V Conferencia, se distribuyó a todos los convocados a Aparecida. Se presentó como «un instrumento cualificado de inspiración y consulta» y como «una síntesis cualitativa de los aportes recibidos», para utilizar durante las deliberaciones en Aparecida⁷.

Este *Documento* es fundamental para entender el sustrato bíblico del *Documento de Aparecida*. En el presente artículo, el estudio acerca de la Palabra de Dios como fuente inspiradora de los contenidos de Aparecida tendrá siempre en cuenta el *Documento de Síntesis*⁸.

El fundamento bíblico inspirador de la temática de Aparecida es doble:

- a- El misterio trinitario como economía salvífica que hace que la historia del hombre sea "historia de salvación", y
- b- La reflexión bíblica acerca del creyente como discípulo de Jesús, Camino, Verdad y Vida, para anunciar la vida nueva del Reino a todos los pueblos.

2.2. La Trinidad y la historia de la salvación

2.2.1. El misterio trinitario como acontecimiento de salvación

El misterio trinitario es la fuente de amor y de vida divina comunicada a los discípulos y puesta a disposición de todos los hombres⁹.

⁵ DS, *Presentación*, p. 7.

⁶ *Síntesis de los aportes recibidos para la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, Bogotá D.C. 2007.

⁷ DS, *Presentación*, p. 7.

⁸ Las citas textuales del DS que contiene el presente artículo corresponden a la reflexión bíblica que me correspondió hacer como miembro de la *Comisión de Redacción* de dicho documento, razón por la que he omitido comillas. Tal continuidad hay entre el DS y el DA que en éste se cita aquel sin comillas ni referencia bibliográfica.

⁹ DA 153; 347; 543.

Por lo mismo, la obra de la Trinidad es la historia de la salvación por la encarnación del Hijo, salvación que -según el designio del Padre- el Espíritu actualiza. La existencia cristiana se transforma en el «vivir trinitario de “hijos en el Hijo”»¹⁰. Dicho de otro modo por los Obispos en *Aparecida*: «La vida nueva en Cristo es participación en la vida de amor del Dios Uno y Trino. Comienza en el bautismo y llega a su plenitud en la resurrección final»¹¹.

La Trinidad, acontecimiento divino que hace salvífica la historia, deja su impronta de realidad y sentido en dicha historia, gracias a la cual vislumbramos el Misterio revelado por Jesucristo, Misterio que nadie vio ni oyó, pero que Dios preparó para los que le aman (1 Cor 2,9).

Esta forma de abordar la reflexión hace que el sustrato bíblico del *Documento de Aparecida* sea por sobre todo “pastoral”: se trata de una mirada desde la fe de discípulos-misioneros¹² y, a la vez, de obispos-pastores sobre «la realidad de nuestros pueblos y de nuestra Iglesia, con sus valores, sus limitaciones, sus angustias y esperanzas» (“ver”)¹³, para proclamar el Misterio de Vida (“iluminar - juzgar”) y evangelizar a todos los pueblos (“actuar”). De este modo se acentúa “el lugar” desde donde los Obispos de la V Conferencia miran la realidad social y eclesial. Esta mirada quiere ser cristiana y hecha con humildad y verdadera empatía, para hacerse cargo -por un lado- de la opaca y compleja realidad socio-política y -por otro- de la profundidad de las esperanzas de los hombres y mujeres de hoy¹⁴.

Una precisión más. El hilo conductor transversal de los temas tratados en *Aparecida* es la sentencia de san Juan contenida en el enunciado del tema de la V Conferencia: Jesucristo es «Vida» (Jn 14,6). Este motivo, eminentemente bíblico, nos recuerda que la perspectiva de los discípulos-pastores es proponer la Vida para nuestros pueblos. Esta fundamental perspectiva es también la que está presente en la teología de la historia de la salvación del *Documento de Aparecida*.

¹⁰ DA 266; cfr. 157; 240; DS 112-114.

¹¹ DA 357.

¹² DA 20.

¹³ DA 22.

¹⁴ DA 36; 388.

2.2.2. La obra del Padre

a. La experiencia de un Dios que libera

Israel descubre en el devenir de su historia que su Dios es rico en amor y misericordia, fuente de vida y liberación. Desde esta clave de lectura no sólo mira su historia, sino también el origen de la humanidad y del pecado, que encerró al hombre en el egoísmo y la muerte¹⁵.

La primera experiencia que tiene Israel de su Dios es la de ser liberador (Ex 15)¹⁶. Cada vez que Israel buscó y necesitó a su Dios, sobre todo en las desgracias nacionales, tuvo una singular experiencia de comunión con Él, quien lo hacía partícipe de su libertad, su vida y santidad. Por ello, no demoró en testimoniar que su Dios -a diferencia de los ídolos- es el «Dios vivo» (Dt 5,26) que lo libera de los opresores (Ex 3,7-10), que perdona sin límites (Eclo 2,11) y que restituye la salvación perdida cuando el pueblo, envuelto «en las redes de la muerte» (Sal 116,3), se dirige a Él suplicante (Is 38,16). De este Dios -que es su Padre- Jesús afirmará que «no es un Dios de muertos, sino de vivos» (Mc 12,27)¹⁷.

En virtud de la alianza, Dios es para Israel «el Dios de mi vida» (Sal 42,9), su único Señor a quien debe amar con todo su corazón (Dt 6,5). Dios es la única «fuente» de su vida (Sal 36,8-10), su «roca» segura (7,2-3) y su «redentor» (Is 41,14). Pero esto no basta, pues Israel sabe que al don de la vida se responde con la búsqueda de la vida verdadera para todos los miembros del pueblo. Esta vida brota de la alianza con su Dios y exige el compromiso de destruir los ídolos, confiar en Él y en sus promesas, ocuparse de los pobres, escuchar su Palabra y obedecer sus mandamientos, potente sí divino en favor de la vida y la libertad (Ez 33,14-15)¹⁸.

b. La experiencia de un Dios que crea

Mirando con ojos de fe la historia de alianza con su Dios, Israel no sólo se abre a su origen, sino también a la razón de su propia existencia

¹⁵ DS 41.

¹⁶ Ex 15 quizás sea el poema más antiguo del AT.

¹⁷ DA 129; DS 42.

¹⁸ DA 13; DS 43.

y de la humanidad, descubriendo que todo ser humano «existe pura y simplemente por el amor de Dios que lo creó, y por el amor de Dios que lo conserva»¹⁹. Si Dios se ha manifestado por sobre todo dador de vida y liberación para Israel, significa que la creación del varón y de la mujer a su imagen y semejanza es un acontecimiento divino de vida y liberación. Al poner todo lo creado al servicio del ser humano, el Creador manifiesta la inmensa dignidad de su creatura racional (Sal 8) y el cuidado exquisito que tiene por cada ser humano (Gn 1,29-30)²⁰.

Esta experiencia de un Dios que ama dando vida y libertad (Sal 119,159), lleva a Israel a descubrir maravillado la vocación fundamental del ser humano: vivir en alianza de vida con el Señor y en comunión unos con otros. Por entonces, en aquellos orígenes, «todo era muy bueno» (Gn 1,31)²¹.

Sin embargo, Israel, como nosotros, experimenta en su historia la dolorosa tragedia de la maldad y la división. Una y otra vez el pueblo se aparta de Dios porque entre los israelitas «no hay fidelidad, ni amor, ni conocimiento de Dios», y destruyen la vida y libertad que su Dios les regala porque «sólo difunden falso testimonio y engaño, asesinato, robo y adulterio y un crimen sigue a otro crimen» (Os 4,1-2). Por su reiterada maldad, Israel entristece a su Señor (Is 63,7-10). Pronto el pueblo se convence que la maldad no puede provenir de un Dios de vida que ama como lo hace su Dios. Serán unos sabios israelitas, inspirados por Dios, los que enseñen al pueblo que fue el pecado, introducido por el ser humano en los albores de la creación (Rm 5,12), la causa de una triple distorsión: la del ser humano con su Creador, consigo mismo y sus semejantes, y con la creación (Gn 3)²².

Desde entonces la vocación fundamental del hombre y la mujer se ve amenazada por el pecado, poniendo todo lo creado por Dios bajo la sombra de su egoísmo y orgullo²³. Pero también, desde entonces, el ser humano lleva clavado en lo más profundo de su corazón el ansia

¹⁹ GSp 19.

²⁰ DA 6; 470.

²¹ DA 27.

²² DP 322.

²³ AA 7.

de felicidad y de encontrar la satisfacción plena a sus inquietudes y preguntas²⁴.

Sin embargo, el Dios de la vida no abandona en la muerte ni a su pueblo ni a la humanidad. Llegada la plenitud de los tiempos envía a su Hijo como vida nueva (Jn 14,6) y «primogénito de toda la creación» (Col 1,15), para que «todo sea de ustedes, ustedes sean de Cristo y Cristo de Dios» (1 Cor 3,22-23)²⁵.

2.2.3. *La obra del Hijo*

a. «¿Quién dice la gente que soy yo?»

Llegado el tiempo oportuno, el Verbo del Padre se hizo hombre (Gál 4,4). En Galilea comenzó a proclamar que está llegando el Reino de Dios, por lo que urge creer y convertirse (Mc 1,14-15). Su fama crece a la par con la multitud que lo busca y acompaña (1,45). Las preguntas acerca del origen de sus palabras y obras no se hacen esperar: «¿De dónde le viene a éste todo esto?, ¿quién le ha dado esa sabiduría y capacidad de hacer milagros?», ¿acaso no es un carpintero? (6,2-3).

Jesús abre su vida y misión a quien con corazón limpio contempla fascinado su obra y escucha atento su enseñanza. En esta gente surge otro tipo de preguntas: quien expulsa demonios y sana enfermos en nombre propio, ¿puede ser un demonio? (Mc 3,22-30), ¿no será el Mesías que trae el Reino de vida? (Mt 26,56). El mismo Jesús fortalece esta fe incipiente cuando les enseña: «Si yo expulso los demonios con el poder de Dios, entonces es que el Reino de Dios ha llegado a ustedes» (Lc 11,20), y también: «Una prueba evidente de que el Padre me ha enviado es que realizo la obra que Él me encargó llevar a término» (Jn 5,36)²⁶. Y las preguntas siguen. Quien se desmarca de las rígidas leyes de purificación, ¿no está revelando que el Dios del Reino es Padre de todos que perdona a los pecadores, haciéndolos partícipe de su santidad? (Lc 15). De nuevo Jesús fortalece la fe de muchos dando

²⁴ DA 350; 355; 380.

²⁵ DS 44-48.

²⁶ RM 14.

a conocer su propósito: «Yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores para que se conviertan» (5,32).

En la vida de Jesús, sus palabras y acciones están íntimamente entrelazadas de forma que las palabras explican las acciones y éstas confirman las palabras. Esta radical coherencia del Hijo del hombre que «pasó haciendo el bien» (Hch 10,38) suscita el seguimiento en cuanto “Mesías de Dios”, y la fe da paso a progresivas confesiones de su identidad y misión²⁷.

b. El encargo del Hijo: la proclamación del Reino

La proclamación y la instauración del Reino de Dios es el encargo del Padre a Jesucristo (Lc 4,43). Al Reino se accede por el encuentro con el Mesías quien, con su proclamación y sus acciones, muestra que “el Reino” de Dios incluye a sencillos y marginados: come y bebe con pecadores (Mc 2,16), sin importarle que lo tilden de comilón y borracho (Mt 11,19); toca leprosos (Lc 5,13) y deja que una mujer prostituta le bese y unja sus pies (7,37-38); conversa -transgrediendo costumbres- con una mujer samaritana (Jn 4) y, de noche, recibe a Nicodemo, notable dirigente en Israel (Jn 3)²⁸.

A su vez, esta cercanía de Jesús con los necesitados y el don de la vida nueva revela una imagen original “del Dios” del Reino: Dios quiere reinar como “Abba” o “Padre” que, por el perdón y el don de su misma vida, quiere ser “nuestro Padre” (Mt 6,9).

Por la aceptación de Jesús en cuanto Mesías e Hijo se hace realidad la soberanía de Dios en cuanto Padre, haciendo que toda realidad adquiera un dinamismo de transformación que busca su plenitud escatológica. Construir el Reino es reconocer y favorecer la soberanía de Dios Padre en la historia que, por la vinculación del ser humano y de toda realidad con el Resucitado, libera de la opresión y del mal.

²⁷ DS 87-89.

²⁸ DA 353.

El Reino de Dios o su soberanía en cuanto Padre es de inicio oculto, casi invisible, no aparece de forma espectacular, pero «ya está entre ustedes» (Lc 17,21). Es Reino "de Dios" por lo que el hombre, duerma o vele, el Reino brota y crece, pero sí necesita de la tierra buena del corazón convertido (Mc 4,20). Es "de Dios en cuanto Padre" por lo que tiende a transformar las relaciones humanas, ubicándolas en un paradigma diverso de comprensión: el de la fraternidad y, por lo mismo, del amor solidario, del perdón y servicio mutuo.

Este Reino jamás podrá identificarse con ideologías religiosas ni socio-políticas, ni con ninguna ideología²⁹.

c. La vida donada del Mesías: el Misterio Pascual

La primera lectura que hicieron los discípulos de la muerte de Jesús en la cruz fue la de una irremediable derrota del que muchos habían aceptado como "mesías" (Lc 24,21). No fueron capaces de comprender que en un hombre como Jesús, radicalmente coherente (Mc 12,14), «el sentido de su vida sellaba el sentido de su muerte. Mucho menos podían comprender que, según el designio del Padre, la muerte del Hijo era fuente de vida fecunda para todos (Jn 12,23-24)»³⁰.

Los israelitas del siglo I consideraban que las realidades que debilitan la vida de los seres humanos (dolor, enfermedad, angustia...) tienen por causa los pecados personales o familiares y los espíritus impuros (Jn 9,2). Para dar vida, Jesús vence el pecado y los demonios, por poderosos que ellos sean (Mc 5,9). De este modo no sólo restituía la salud al enfermo, sino su dignidad de miembro del pueblo santo de Dios. La vida que Jesús ofrece en Palestina es para dignificar a las personas y generar la comunión con Dios y con los hermanos.

Si este es el sentido de su ministerio, el misterio pascual de Jesús es el acto de obediencia al Padre por el cual el Mesías dona plenamente aquella vida que ofrecía en caminos y aldeas de Palestina. Mediante su sacrificio voluntario, el Cordero de Dios pone su vida salvífica en las

²⁹ DS 90-92.

³⁰ DA 143; DS 93.

manos del Padre (Lc 23,46), quien lo hace salvación «para nosotros» (1 Cor 1,30). «Por el misterio pascual, el Padre sella la nueva alianza y genera un nuevo pueblo que tiene por fundamento su amor gratuito de Padre que salva»³¹.

d. La vida nueva en el encuentro con el Resucitado

Los discípulos, después de Pentecostés, dan significado nuevo a la vida y la muerte de Jesús gracias a una comprensión integral y mesiánica de la Escritura, no ya desde su particular concepción de “mesías”. Si han tenido la experiencia de un Jesús que ofrece su vida a todos, entienden que en su muerte y resurrección -a la luz de las Escrituras y del Espíritu- no sólo daba *algo de sí*, sino que *se daba todo Él* (Jn 6,51). Y, ahora resucitado, ofrecía esa Vida a los suyos para siempre. Las apariciones del Resucitado y el don del Espíritu los impulsan a confesar la victoria de la Vida sobre el pecado y la muerte. Ante el mundo son testigos de que el Señor, y sólo Él, es «el Camino, la Verdad y la Vida» (14,6), el único que tiene «palabras que dan vida eterna» (6,68)³².

El Padre, que ha resucitado a su Hijo, le concede un nombre «que está por encima de todo nombre» para que todos reconozcan «que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre» (Fil 2,9-11). Desde entonces, la existencia del Señor glorificado junto a su Padre es para siempre “*pro-existencia salvífica*”, es decir, Vida del Resucitado ofrecida como don perenne para el mundo³³.

2.2.4. La obra del Espíritu

a. El Espíritu de Dios en la historia de la salvación

Los discípulos, a pesar del temor por la muerte de su Maestro, guardan una secreta esperanza: que su Maestro haya vencido a la muerte, pues son varios los testimonios que afirman haberlo visto resucitado. Y se confirma su esperanza: escondidos en una habitación por temor a los judíos, reciben el don del Espíritu de Dios bajo la forma de lenguas

³¹ DA 143; DS 94-95.

³² DA 101; DS 96.

³³ DS 97.

de fuego, precedido de un viento impetuoso que invade la casa. Y todos «quedaron llenos del Espíritu Santo» (Hch 2,1-4).

No reciben cualquier Espíritu, sino el ya prefigurado en *la antigua alianza*: el «espíritu de Dios» que aleteaba sobre las aguas caóticas cuando el Creador comenzó a crear (Gn 1,2); el «santo espíritu» que Dios infundía en Moisés (Is 63,11-14), en los ancianos (Nm 11,17) y en los profetas (Miq 3,8); el espíritu que penetraba en el corazón de hombres y mujeres moviéndolos a actuar (1 Sm 16,13); el espíritu que cubre de nervios y carne unos huesos secos, haciéndolos vivir (Ez 37,1-10); el «espíritu nuevo» que, junto con un «corazón nuevo», hará que Israel viva conociendo a Dios y practicando su voluntad (11,19). Reciben el Espíritu prometido por Dios a su Ungido para que implante en la tierra el juicio divino, la paz mesiánica y el conocimiento de Dios (Is 11,1-9; 61,1-3).

En *la nueva alianza*, el Espíritu ya no se revela como atributo de Dios, sino como Persona divina del todo igual al Padre y al Hijo (Mt 28,19). Es la «fuerza que viene de lo alto» (Lc 24,49) que, al inicio del ministerio público de Jesús, desciende sobre Él enviado por el Padre (Mc 1,9-11). Jesús, ungido por el Espíritu del Padre, es el Hijo primogénito de Dios hecho «mesías» o «cristo» para hacer presente «hoy» el Reino de vida (Lc 19,9), para anunciar a pobres y marginados los valores del Reino como vida alternativa a la «vida del mundo» (Mt 5,2-12). El Espíritu de Dios jamás abandonará al Mesías (Lc 4,14), refrendando con portentos el encargo del Padre (6,17-19). En el bautismo y en la vida de Jesús, la obra de la salvación se revela como obra trinitaria³⁴.

Pentecostés, pues, es la donación del «Espíritu de la Promesa» (Gál 3,14) según lo dicho por Dios en la Sagrada Escritura para los tiempos mesiánicos (Jl 3,1-5).

b. La Iglesia en el cauce de la Vida y del Espíritu

La ascensión de Jesús al cielo y su glorificación junto al Padre marcan el fin del ministerio del Mesías en la tierra (Hch 3,21) y el co-

³⁴ DS 174-176.

mienzo de su ministerio como “Señor” y “Salvador” (5,31). Después de Pentecostés, las iglesias locales experimentan de inmediato fecundas irrupciones del Espíritu, vitalidad divina que se expresa en diversos dones y carismas, como la profecía y la glosolalia (1 Cor 12,1-11), y variados oficios que edifican la Iglesia y sirven a la evangelización, como los de apóstol y maestro (12,28-29). Gracias a la fecundidad del Espíritu, «la comunidad extiende el ministerio salvífico del Señor hasta que Él de nuevo se manifieste al final de los tiempos (1,6-7). El Espíritu en la Iglesia «forja misioneros decididos y valientes como Pedro (Hch 6,5) y Pablo (13,9), señala los lugares que deben ser evangelizados y elige a quiénes deben hacerlo (13,2.4-5)»³⁵.

La Iglesia, en cuanto marcada y sellada «con Espíritu Santo y fuego» (Mt 3,11), continúa la obra del Mesías, abriendo para el creyente las puertas de la salvación (1 Cor 6,11). Pablo, con una hermosa metáfora, lo afirma de este modo: «Ustedes son una carta de Cristo redactada *por ministerio nuestro* y escrita no con tinta, sino con *el Espíritu de Dios vivo*» (2 Cor 3,3). Uno y el mismo Espíritu guía y fortalece a la Iglesia en el anuncio de la Palabra, en la celebración de la fe y en el servicio de la caridad hasta que el Cuerpo de Cristo alcance la estatura de su Cabeza (Ef 4,15-16). De este modo, por la eficaz presencia de su Espíritu, Dios asegura hasta la parusía su propuesta de Vida para hombres y mujeres de todos los tiempos y lugares.

Por tanto, «el Señor sigue derramando hoy su Vida por la labor de la Iglesia que, con “la fuerza del Espíritu Santo enviado desde el cielo” (1 Pe 1,12), continúa la misión que Jesucristo recibió de su Padre (Jn 20,21)»³⁶. Toda la Iglesia y cada uno en la Iglesia es responsable de la evangelización, y toda acción auténticamente evangelizadora -por humilde que sea- es una acción eclesial, mediación para el encuentro con el Resucitado.

c. El Espíritu Santo y la vida nueva de los discípulos

390

Los evangelizadores de la primera hora eran testigos privilegiados de la Vida nueva que suscitaba el Espíritu en todo aquel que creía en

³⁵ DA 150.

³⁶ DA 151; DS 177-178.

el Señor resucitado (Rm 5,5). En ellos y en los demás percibían cómo el Espíritu «de Cristo» (8,9) o «de Dios vivo» (2 Cor 3,3) realmente «da la vida» (3,6). Esta experiencia es también la de tantos cristianos y comunidades eclesiales de hoy.

Vida nueva del Espíritu es el conocimiento del Padre y la participación de los bienes que regala por su Hijo (1 Cor 2,10-12). Es también el don inmerecido de hacernos, por los méritos del Mesías, hijos adoptivos del Padre (Rm 8,14-15); gracias a este Espíritu podemos de verdad clamar: «Abba», es decir, «Padre» (8,15)³⁷. Vida nueva son «las primicias del Espíritu», lo que explica el profundo anhelo de alcanzar algún día la vida plena de hijos, liberados de nuestros apetitos carnales (8,23). Es también caminar «según el Espíritu», es decir, acoger sus frutos (Gál 5,22-26) y hacerlos crecer interiormente (Ef 3,16); quien se abre al Espíritu fecundo en frutos no se deja arrastrar por los apetitos desordenados de la carne, enemigos del Espíritu (Gál 5,19-21). Vida nueva es vivir reconciliados y en paz, porque el Espíritu nos hace «morada de Dios» que por la cruz de su Hijo nos reconcilió (Ef 2,14-22).

Gracias a la Vida nueva del Espíritu, todos los discípulos del Señor somos «familia de Dios, edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, siendo el mismo Cristo Jesús la piedra fundamental» (Ef 2,19-20). Dios espera de «su familia» el tributo de un culto sincero que es aquel «culto nacido del Espíritu de Dios» (Flp 3,3). Quien por el Espíritu es identificado con Jesucristo, «Primogénito de toda criatura» (Col 1,15), se hace «nueva creación: ¡lo viejo ha pasado y ha comenzado algo nuevo!» (2 Cor 5,17)³⁸.

Esta es *la vida nueva* del discípulo del Señor.

2.3. Seguidores de Jesucristo (discípulos) para vida de los pueblos (misioneros)

2.3.1. El carácter discipular de la vida "en Cristo"

Los Obispos en Aparecida presentan la vocación y misión del discípulo de Jesús en el marco del misterio trinitario leído como aconteci-

³⁷ DA 157.

miento de salvación que hace que la historia de la humanidad y de todo hombre sea para siempre «el año de gracia del Señor» (Lc 4,19)³⁹.

La “vocación” del discípulo misionero se desarrolla en el capítulo IV del *Documento de Aparecida*: «La vocación de los discípulos misioneros a la santidad»⁴⁰, capítulo que se divide en cuatro apartados⁴¹.

Entendemos por “vocación” lo que un discípulo está llamado a vivir “en Cristo”, aquello que lo identifica como discípulo “de Cristo” sin lo cual no puede ser llamado con total propiedad “cristiano” ni puede anunciar “a Cristo”⁴².

La esencia de la vocación cristiana es su *carácter discipular*, es decir, la condición de seguidor de Jesucristo para “vivir en Él” como claramente lo muestran las *fórmulas de seguimiento* empleadas por Jesús: «Sígueme» (Mc 2,14; Mt 9,9), «ven y sígueme» (Mc 10,21), «vengan detrás de mí» (1,17).

Los Obispos en Aparecida expresan así el carácter discipular de la vocación cristiana: «La admiración por la persona de Jesús, su llamada y su mirada de amor buscan suscitar una respuesta consciente y libre desde lo más íntimo del corazón del discípulo, una adhesión de toda su persona al saber que Cristo lo llama por su nombre (Jn 10, 3). Es un “sí” que compromete radicalmente la libertad del discípulo a entregarse a Jesucristo, Camino, Verdad y Vida (14, 6)»⁴³. Y más adelante: «La naturaleza misma del cristianismo consiste, por tanto, en reconocer la presencia de Jesucristo y seguirlo. Ésa fue la hermosa experiencia de aquellos primeros discípulos que, encontrando a Jesús, quedaron fascinados y llenos de estupor ante la excepcionalidad de quien les

³⁸ DA 241; DS 179-181.

³⁹ DA 129-130.

⁴⁰ DA 129-153.

⁴¹ Que son: «Llamados al seguimiento de Jesucristo» (DA, ns° 129-135); «Configurados con el Maestro» (ns° 136-142); «Enviados a anunciar el Evangelio del Reino de Vida» (ns° 143-148), y «Animados por el Espíritu Santo» (ns° 149-153).

⁴² DA 352. Cfr. S. SILVA RETAMALES, S. GUIJARRO OPORTO y R. AGUIRRE, *Kerigma, discipulado y misión. Perspectivas actuales*, Bogotá D.C. 2006; J. ESPEJA: «El discipulado en la teología latinoamericana», *Medellín* 125 (2006) 61-98.

⁴³ DA 136.

hablaba, ante el modo cómo los trataba, correspondiendo al hambre y sed de vida que había en sus corazones»⁴⁴.

Impreso en el carácter discipular del cristiano está la exigencia permanente de crecer en fidelidad al Señor: «Ser discípulo es un don destinado a crecer»⁴⁵ Por lo mismo, madurar en la fe como adhesión vital y en la conversión como transformación radical de la vida y de los motivos para vivir (Mc 1,14-15)⁴⁶.

“Seguir a Jesús” en los Sinópticos es un hecho físico: es irse con Él, caminar tras Él, hacerse itinerante como Él por el anuncio del Reino (Lc 9,59-60). Pero se trata de esas expresiones que no se agotan, ni mucho menos, en la realización física del mandato. Quien sigue a Jesús es para vincularse a Alguien, a Jesús de Nazaret en cuanto Señor resucitado. El seguimiento se transforma entonces en respuesta consciente, libre y fiel, en imitación y configuración con Él, en aprendizaje e interiorización de sus enseñanzas.

El carácter discipular se realiza en todas sus dimensiones cuando se entiende como adhesión fiel a Jesús, disponiéndose a que el Espíritu nos configure más y más con el Señor. Se sigue a Jesucristo para participar, a partir del bautismo, de la vida nueva en Él, la que llegará a su plenitud en la resurrección final⁴⁷.

Siguiendo el *Documento de Aparecida*, expondremos el carácter discipular de la vida en Cristo a partir de los cuatro términos privilegiados por los Obispos en la V Conferencia para referirse al tema: “vinculación”, “configuración”, “comunidad” y “misión”.

2.3.2. «Elegidos para vincularse íntimamente a su Persona»⁴⁸

Algunos rasgos de la vinculación con el Señor se destacan en los nsº 129-135 del *Documento de Aparecida*. Los primeros números

⁴⁴ DA 244.

⁴⁵ DA 291.

⁴⁶ DA 243; 278,b.

⁴⁷ DA 184; 349; 357.

⁴⁸ DA 129-135.

muestran el contexto y lo característico del seguimiento cristiano (ns^o 129-131) y los restantes (ns^o 132-135), el tipo de vínculo que se adquiere con Jesús y la respuesta que Jesús espera de los suyos.

Respecto al contexto y al carácter discipular de la vida en Cristo el *Documento* afirma:

a- Dos aspectos originales caracterizan el discipulado de Jesús: el Maestro es quien elige y acepta al que quiere seguirlo, y los elegidos no lo son “para algo”, sino “para pertenecer y seguir a Alguien”.

El discipulado se inicia por la elección por parte de Jesús. La manera como Jesús elige a los suyos presenta algunos rasgos comunes y otros originales respecto a cómo los maestros de aquella época elegían a sus discípulos o eran elegidos por éstos⁴⁹. Jesús, a diferencia de los rabinos, siempre elige a sus discípulos más cercanos (Mc 1, 16-20; 2, 14), a los que van a seguirlo físicamente, y acepta o no a quien se ofrece voluntariamente a seguirlo (5, 18; Lc 9, 57.61). Siempre pide respuesta inmediata y obediencia incondicional (Mc 10, 21). Sin embargo, lo original de Jesús no es tanto cómo elige, sino *para qué elige*.

b- Jesús no llama a los suyos para que aprendan la Ley de Moisés, cumplan ritos y purificaciones, guarden ayunos..., sino que elige a quien quiere para que “venga y lo siga” y “esté con Él” (Mc 3, 14). Es decir, lo elige para *vincularlo a su Persona* (1, 17; 2, 14).

Admirado por Jesús⁵⁰, sorprendido y fascinado por Él⁵¹, vinculado por amor y opción a Él (Lc 9, 57.61), el discípulo aprende en la convivencia con Jesús de Nazaret a ser “de los suyos” (configuración) a quienes “hace iglesia”, pueblo de la nueva alianza (comunidad)⁵².

⁴⁹ DA 131; DS, n^o 98.

⁵⁰ DA 136.

⁵¹ DS 87-88.

⁵² «La convivencia es la única modalidad que nos es dada a los hombres para conocer a otro. El método no cambia cuando la otra persona es singular, excepcional y, por eso, sólo puedo conocerlo implicándome en una convivencia con él»; más adelante: «El método es impuesto por el objeto que deseamos conocer: una persona. Y el único método para conocerla es plegarnos a convivir con ella y estar atentos a los datos, los signos, que emergen en esa convivencia», J. CARRÓN: «Cristiano, o sea, discípulo de Jesucristo», *Boletín CELAM* 312 (2006) 57 y 61.

- c- De la vinculación y convivencia con Jesús brota la misión como exigencia del mismo discipulado. El poder y dinamismo de la Vida divina hace misionero al discípulo y lo impele a testimoniar y transmitir la Vida que recibió sin mérito personal y como don gratuito.

Luego, en los restantes números del *Documento de Aparecida* (ns° 132-135), los Obispos presentan el tipo de vinculación del discípulo con Jesús y la respuesta que Jesús espera de quien se ha vinculado vitalmente a Él⁵³.

- a- Según la parábola de la vid y los sarmientos (Jn 15,1-17), Jesús no quiere una vinculación como "siervos", porque «el siervo no conoce lo que hace su amo» (15,15). Si el esclavo no tiene entrada a la casa de su amo, menos la tendrá a su vida. Jesús quiere que su discípulo se vincule a Él como "amigo" y como "hermano".

- b- El "amigo" ingresa a la casa de Jesús, a su vida, a su familia, haciéndola propia (Jn 1,38-39; 15,14). El amigo, porque ingresa a "la casa de Jesús", conoce al Padre y, por la obediencia, se abre a su voluntad, moldeando una existencia de "discípulo suyo" a partir de esa experiencia de amor (15,8) que marca la relación con los otros (15,12) y suscita el encargo misionero (15,16-17).

El "hermano" de Jesús (Jn 20,17) participa de la misma vida que recibe el Hijo de su Padre celestial, por lo que Jesús y su discípulo comparten la vida paterna, aunque Jesús por naturaleza (10,30) y el discípulo por participación (10,10). La consecuencia de esta vinculación como "hermanos" con el Señor es el carácter esencialmente fraterno de la comunidad de Jesús.

Por lo dicho, vida divina participada y amor de comunión en virtud de la recíproca vinculación con Jesús son notas distintivas del carácter discipular de la vida en Cristo.

- c- La respuesta que Jesús pide a los suyos debe ser libre y conciente, hecha de corazón. Quien dio su vida por amor hasta el extremo,

⁵³ Ver *DA*, n° 136; *DS*, ns° 99-100.

espera una respuesta de vida y amor, que no es sólo respuesta del intelecto (lógica humana) o de la voluntad (actos buenos), sino la ofrenda de toda la persona como única respuesta de amor a quien así nos ama. La respuesta, por tanto, no puede ser otra más que la comunión de vidas: adhesión íntima y fiel al Señor, lealtad inquebrantable, obediencia a su Palabra.

Si tal es la respuesta, el discípulo -como Jesús- no teme entrar en la «dinámica del Buen Samaritano (Lc 10,29-37), que nos da el imperativo de hacernos prójimos, especialmente con el que sufre, y generar una sociedad sin excluidos, siguiendo la práctica de Jesús que come con publicanos y pecadores (5,29-32), que acoge a los pequeños y a los niños (Mc 10,13-16), que sana a los leprosos (1,40-45), que perdona y libera a la mujer pecadora (Lc 7,36-49; Jn 8,1-11), que habla con la Samaritana (Jn 4,1-26)»⁵⁴.

2.3.3. «Configurados con el Maestro»⁵⁵

a. Don del Espíritu

El Espíritu Santo configura al discípulo con Jesucristo en cuanto Él es Camino, Verdad y Vida (Jn 14,6).

Por *Jesús-Camino*, el discípulo accede al misterio salvador del Padre, adquiriendo una nueva realidad: hijo de Dios y hermano de los demás en la familia de Dios. El Espíritu lo configura con *Jesús-Verdad* que lo lleva a renunciar a mentiras y ambiciones y a expresar con gozo su vocación de consagrado a Dios uno y trino. Y lo configura con *Jesús-Vida*, haciéndolo partícipe de la vida divina que brota del amor de Dios, para ofrecerla a manos llenas a todos⁵⁶.

⁵⁴ DA 135.

⁵⁵ DA 136-142.

⁵⁶ DA 137; DS 108.

b. Escuchar y ver a Jesús

Con frecuencia los verbos "escuchar/oír"⁵⁷ y "ver/mirar/reconocer"⁵⁸ tienen -en el *Documento de Aparecida*- por sujeto al discípulo y por complemento a Jesucristo o las cosas de Dios.

El carácter discipular de la vida en Cristo exige *escuchar* y *ver* al Señor, imprescindible escuela discipular y misionera para configurarse con Él⁵⁹. El Reino acontece por la Palabra de Jesucristo que hay que escuchar y obedecer, y por su Vida que hay que contemplar e imitar.

Escuchar y *ver* a Jesús es la primera labor de un discípulo, pues así conoce a su Señor y aprende a cumplir el encargo del Hijo, que es el encargo del Padre. Sólo quien "escucha" y "ve las presencias" del Resucitado se transforma en ministro de la Palabra y en testigo de su Vida (Lc 1,1-4). Este es el itinerario vivido por María Magdalena quien, porque *ha visto* al Señor, puede *contarlo* a sus apóstoles (Jn 20,18). "Contar al Señor" requiere "verlo", pues sólo así "se lo dice" o "anuncia" como auténtico testigo.

María de Nazaret, imagen acabada y fiel del seguimiento del Señor, nos enseña «el primado de la escucha de la Palabra en la vida del discípulo y misionero»⁶⁰.

c. Asumir el estilo de vida y destino del Mesías

La escucha y contemplación de Jesús conducen a la configuración con el Maestro, con su estilo y destino de vida, según la voluntad del Padre. El estilo y destino de vida del Mesías son consecuencias de su conciencia de filiación y de su misión. Configurar-se con su estilo y destino son rasgos identificatorios de la espiritualidad cristiana propios del carácter discipular de vivir en Cristo.

El estilo de vida de Jesús involucra varios aspectos:

⁵⁷ DA 103; 132; 142; 242; 278,b, 364, etc.

⁵⁸ DA 242; 244; 276; 279; 349, etc.

⁵⁹ DA 276; DS 88.

⁶⁰ DA 271.

a- Pasión por el Padre y por el encargo del Padre, el Reino⁶¹

Jesús vive como hombre desarraigado de este mundo (Lc 9,58), porque tiene puesto su corazón en el Padre y en su Reino. Las consecuencias para Él y sus discípulos son: el testimonio audaz de los valores alternativos del Reino⁶² y la ofrenda de la vida en favor de quienes el Padre ama con predilección: pecadores y marginados⁶³.

b- Renunciar a sí mismo y cargar con la cruz⁶⁴

Estas dos condiciones del discipulado marcan a fuego el estilo de vida del que sigue a Jesús: «Si alguno quiere venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y que me siga» (Mc 8,34).

La renuncia o el “negarse a sí mismo” por irse tras Jesús es romper con las fidelidades que se profesan a personas (entre ellas, la familia) o a ideales políticos (el “mesianismo nacionalista”) y religiosos (fariseos, saduceos, esenios), realidades vitales que en aquel entonces conforman la red que asegura la existencia. La razón de la negación de sí mismo es hacer de Jesús la fuente y el referente absoluto de la propia vida.

Quien sigue a Jesús tiene que “llevar su cruz cada día” (Lc 9,23) como un condenado a muerte, recibiendo -por ser de Cristo- la burla, el desprecio, el descrédito... hasta perder la vida si fuera necesario. “Cargar la cruz”, por tanto, es sobre llevar el rechazo y la ignominia por vivir en Cristo y anunciar su Reino.

c- Inmolar la vida por Jesús y el Reino⁶⁵.

Jesús, como Hijo «fiel a su Padre y a su voluntad (Lc 22,42)» hasta la muerte⁶⁶, ofrece su vida de Mesías para que todos tengan vida nueva. El estilo de vida de Jesús está marcado por la inmólación de

⁶¹ DA 152; DS 123.

⁶² DA 224.

⁶³ DA 98.

⁶⁴ DA 140.

⁶⁵ DA 102; 143.

⁶⁶ DA 139.

su existencia al modo del Siervo de Yahveh (Is 53,4-6). Ahora bien, si Jesús vivió así, significa que por lo mismo murió, coincidiendo estilo con destino de vida. Esto es lo que Jesús pide a los suyos: que estén dispuestos a perder la vida por Él y por el Reino como signo y sello de que han vivido dándola sin límites (Mc 8,35).

d- Opción por los pobres y marginados⁶⁷.

Jesús come con publicanos y pecadores, realiza actividades prohibidas en día sábado, perdona pecados, toca a gente impura y deja que esa gente lo toque, incluso las prostitutas (Lc 7,37-38). Estas y otras conductas de Jesús, con fuerte connotación pública y religiosa, sancionadas negativamente por la Ley de Moisés y las costumbres de Israel, contradicen gravemente el sistema socio-religioso del mundo judío.

Sin embargo, Jesús las realiza como signos claros de la irrupción del Reino de un Dios, "su" Padre, que anhela reinar como "nuestro" Padre, rico en vida y misericordia. Por eso a los pobres y marginados les anuncia la Buena Nueva del reinado de Dios (Lc 4,16-21). De este modo, Jesús revela la presencia soberana y liberadora del Padre celestial, invitando sobre todo a pecadores y marginados a acogerse a su perdón y participar de su vida⁶⁸.

e- Llevar a cabo adhesiones vitales⁶⁹.

En el seguimiento del Señor hay conflictos de fidelidades irreconciliables entre su propuesta y las personas y realidades que se oponen a Él. El hecho de que estas renunciaciones sean *por Jesús* y *por el evangelio* (Mc 10,29) indican que se hacen en razón de una nueva adhesión: la persona de Jesús, el Reino y su comunidad⁷⁰.

⁶⁷ DA 257; 391-398; DS 104; 119-121; 165. En DI, n° 3: «La opción preferencial por los pobres está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza (2 Cor 8,9)». El "Discurso inaugural" de BENEDICTO XVI en la V Conferencia tuvo una importante gravitación en el desarrollo de la misma, como se puede comprobar por su frecuente citación: DA, ns° 2; 4; 7; 10; 13; 16; 22; 27; 42; 60; 64; 100,b, etc.

⁶⁸ DS 86; 94.

⁶⁹ DA 12; 19; 137.

⁷⁰ DA 136.

Ni antes ni hoy se puede servir a dos señores (Mt 6,24), por lo que hoy como antes son imprescindibles las renunciaciones que favorezcan la orientación decisiva y creciente de la existencia hacia el único Señor.

2.3.4. «Todo discípulo es misionero»⁷¹

El Señor resucitado envía a los suyos a anunciar el Reino para que también otros vivan en relación de amistad y fraternidad con Él y pertenezcan a la familia de Dios. Este encargo se llama *apostolado o misión*, y su contenido se expresa mediante *fórmulas de envío* como: «Vayan y hagan discípulos a todos los pueblos» (Mt 28,19)⁷², o *metáforas* centradas en oficios conocidos de entonces como: «Los haré pescadores de hombres» (Mc 2,17)⁷³.

Jesús hace partícipe a la Iglesia de su misión no como algo diverso a la dimensión discipular de la vida en Cristo, como si “ser discípulo” fuera una cosa y “misionero”, una decisión que dependiera del propio parecer. Jesús no tiene una escuela para discípulos y otra diversa para misioneros: al formar a los suyos como discípulos e integrarlos a la Iglesia, los forma ya como misioneros⁷⁴. Así como Jesús es testigo del misterio del Padre, al igual “los suyos” se hacen testigos de la obra del Padre. Quien es de Cristo no puede si no ser testigo de las cosas de Dios⁷⁵. Dicho de otro modo, la misión “a hacer” discípulos a otros es parte integrante de la llamada “a ser” discípulo de Jesús: «Cumplir este encargo [...] es la extensión testimonial de la vocación misma»⁷⁶.

La finalidad de la misión es replicar la experiencia del discipulado (Mt 28,19). Cuando el maestro moría, los discípulos generalmente se dispersaban (Hch 5,36-39), en cambio los de Jesús continúan su obra,

⁷¹ DA 30-32; 143-153; 360-379; 501-508; DS 137-142; 158; 167; 170-171; 184.

⁷² DA 364.

⁷³ DS 183. Cfr. S. SILVA RETAMALES, *Discípulos de Jesús. Relatos e imágenes de vocación y misión en la Biblia*, Bogotá D.C. 2006, 103-164.

DA 278.e.

⁷⁵ DI 3: «Discipulado y misión son como las dos caras de una misma medalla: cuando el discípulo está enamorado de Cristo, no puede dejar de anunciar al mundo que sólo Él nos salva (Hch 4, 12)». Cfr. DA, nº 144-146. DS, nº 182: «“Discípulo” y “misionero” son dos términos que mutuamente se reclaman».

⁷⁶ DA 144; DS, nº 101.

y lo hacen replicando el modelo empleado con ellos: evangelizan con una *finalidad discipular*, procurando que otros se inicien y sean acompañados en el seguimiento del Señor (14,21). Sin embargo, no se trata de hacerlos "sus propios discípulos", esto es, seguidores de los que predicán el evangelio, situación que los primeros misioneros vivieron en carne propia por la adhesión equivocada de sus destinatarios (1 Cor 1,12; 3,4)⁷⁷.

Para realizar el encargo de Jesús, la Iglesia recibe de su Señor el don del Espíritu vivificador, «alma y vida de la Iglesia»⁷⁸, que la impulsa a anunciar el Reino de Vida y congregar un Pueblo santo, semilla de humanidad reconciliada⁷⁹. Ayer como hoy y por el don del Espíritu, la Iglesia está llamada a ser "evangelio vivo", es decir, anuncio toda ella (miembros, estructuras, planes pastorales...) de que el Resucitado es camino de vida y libertad (Rm 8,21)⁸⁰.

2.3.5. «Llamados a vivir en comunión»⁸¹

La vinculación con Jesús conduce a la vinculación con su Iglesia, nuevo pueblo de Dios. Así lo expresan los Obispos en Aparecida: «La vida en comunidad es esencial a la vocación cristiana. El discipulado y la misión siempre suponen la pertenencia a una comunidad. Dios no quiso salvarnos aisladamente, sino formando un Pueblo [...]. Por eso, la experiencia de fe siempre se vive en una Iglesia Particular»⁸². Y más adelante: «No puede haber vida cristiana sino en comunidad: en las familias, las parroquias, las comunidades de vida consagrada, las comunidades de base, otras pequeñas comunidades y movimientos»⁸³.

La adhesión a Jesús tiene, pues, un irrenunciable componente comunitario⁸⁴. Es decir, quien acepta el llamado de Jesús, acepta "hacerse de los suyos" (Mc 3,31-35), esforzándose por cultivar el sentido

⁷⁷ DA 279; 280,b.

⁷⁸ DA 23.

⁷⁹ DA 278,d; DS 172.

⁸⁰ DS 173.

⁸¹ DA 154-163; DS 133.

⁸² DA 164.

⁸³ DA 278,d.

⁸⁴ DA 297.

de pertenencia, de corresponsabilidad y misión. La opción por Jesús se convierte en compromiso por vivir el *peculiar carácter comunitario* de la dimensión discipular de la vida en Cristo.

Por tanto, *hacerse discípulo* de Jesús es *hacerse condiscípulo* de sus elegidos, formando parte de un mismo rebaño conducido por un mismo Pastor. Cristo no pensó un discipulado sin comunidad eclesial, pues «la vocación al discipulado misionero es con-vocación a la comunión en su Iglesia. No hay discipulado sin comunión»⁸⁵.

Las pequeñas comunidades y las comunidades eclesiales de base son lugares teológicos de vinculación y configuración con el Maestro cuando se acoge y actualiza la enseñanza de los Apóstoles, se vive la comunión, se celebra la Eucaristía, se ora y reflexiona la Palabra de Dios (Hch 2,42)⁸⁶. El pan de la Palabra de Dios y del Cuerpo de Cristo construye la Iglesia, nutre su comunión y la hace esencialmente misionera⁸⁷. Las comunidades que se nutren del Señor se transforman en «casa y escuela de comunión»⁸⁸ donde los discípulos comparten los bienes del Resucitado «al servicio de la misión evangelizadora»⁸⁹.

Se entiende, por tanto, que la configuración con Jesús, que tiene lugar en el seno de *esta nueva comunidad*, sea sobre todo formación a “ser de los suyos” para “ser sus testigos”.

3. La “Pastoral Bíblica” según el *Documento de Aparecida*

3.1. *Camino recorrido*

El último e interesante aporte del *Documento de Aparecida* respecto al empleo de la Sagrada Escritura en la vida y misión de la Iglesia

⁸⁵ DA 156.

⁸⁶ DA 178-180; 308.

⁸⁷ «¡Sólo de la Eucaristía brotará la civilización del amor, que transformará Latinoamérica y El Caribe para que, además de ser el continente de la esperanza, sea también el contenedor del amor!», DI, n° 4.

⁸⁸ NMI 43. Cfr. DS 134-136.

⁸⁹ DA 158.

es la "pastoral bíblica" que los Obispos entienden como "animación bíblica de la pastoral del pueblo de Dios".

El camino para llegar a este nuevo planteamiento de la pastoral bíblica se sustenta en varias enseñanzas de la Iglesia producto de la reflexión y de la práctica de la lectura de la Sagrada Escritura en las comunidades.

Entre los hitos que no pueden dejar de mencionarse está la constitución conciliar *Dei Verbum*⁹⁰ sobre la divina revelación y las tres Conferencias generales del Episcopado Latinoamericano y del Caribe que vinieron después de *Dei Verbum*. Nos referimos a la Conferencia celebrada en Medellín, Colombia (1968), en Puebla, México (1979) y en Santo Domingo, República Dominicana (1992)⁹¹.

3.2. La llamada "Pastoral Bíblica" en el *Documento de Aparecida*

3.2.1. Antes y después de "Dei Verbum"

Dei Verbum marca un antes y un después en lo que a pastoral bíblica se refiere. Antes del CONCILIO VATICANO II, lo que llamamos "pastoral bíblica" se entendía como *movimiento bíblico* cuya principal finalidad era distribuir y dar a conocer la Biblia entre los católicos por el escaso conocimiento que tenían de ella.

Se buscaba que la *Escritura* no sólo fuera patrimonio de protestantes y evangélicos, sino que también fuera conocida por los católicos. Era común escuchar que mientras la celebración de los sacramentos, particularmente la Eucaristía, identificaba a la Iglesia Católica, la lectura e interpretación de la Biblia identificaba al mundo evangélico.

A partir del CONCILIO VATICANO II, la pastoral bíblica generalmente se entiende como aquel servicio de la Iglesia realizado al estilo de las otras

⁹⁰ Promulgada por PABLO VI el 18 de noviembre de 1965.

⁹¹ Cfr. DS 16-26; M. DE FRANÇA M., *Aparecida: a bora da América Latina*, São Paulo 2006, 34-37; J. JIMÉNEZ: «Las cuatro conferencias generales del episcopado: Río, Medellín, Puebla, Santo Domingo. "El camino recorrido"», *Medellín* 118 (2004) 177-218.

pastorales parroquiales y diocesanas como la familiar, juvenil, social... Corrían los tiempos en que se procuraban pastorales diversificadas en la que se insertaba, como una más, la pastoral bíblica. Así también se la concebía. Por tanto, si aquellos que conforman la pastoral familiar se encargan de “las familias” en la parroquia, así también aquellos que forman parte de la pastoral bíblica se encargan de “la Biblia”. Siguiendo la analogía, si había coordinadores y vicarios de pastoral familiar, también debía haber un responsable de la pastoral bíblica que trabajara con las personas interesadas en la Biblia. En la práctica, la “comisión bíblica” de una parroquia o una diócesis, cuyo servicio pastoral se centraba en la Biblia, no pasaba de ser una más entre tantas pastorales.

A diferencia del “movimiento bíblico”, la pastoral bíblica se encargaba sobre todo de que los que participaban de dicha pastoral conocieran la Biblia mediante cursos, charlas, retiros, grupos bíblicos...

Aunque la pastoral bíblica hasta ahora descrita fue un paso necesario e importante en la evangelización de la Iglesia no era este el espíritu de *Dei Verbum* cuando pedía que «toda la predicación de la Iglesia, como toda la religión cristiana, se ha de alimentar y regir con la Sagrada Escritura»⁹². La Escritura en cuanto consigna la Palabra viva de Dios está llamada a nutrir la vocación, formación y misión de todo discípulo misionero y, por lo mismo, de todas las pastorales a su servicio.

3.2.2. *El Documento de Aparecida y la animación bíblica de la pastoral*

a. La animación bíblica de la pastoral en el Documento de Aparecida

Gracias a una renovada percepción del espíritu del CONCILIO VATICANO II y las intuiciones de las CONFERENCIAS GENERALES DEL EPISCOPADO hoy es posible una *nueva mentalidad* para entender la llamada “pastoral bíblica”: comprenderla como *animación bíblica de la pastoral* o “dimensión bíblica de la pastoral”. De estos nombres y otros, se prefiere

⁹² DV 21. Cfr. C.M. MARTINI: «La Sagrada Escritura, alimento y norma de la predicación y de la religión», Boletín Dei Verbum 32 (1994) 163-179.

el de "animación bíblica de la pastoral del pueblo de Dios", y es el que utiliza el *Documento de Aparecida*.

Cuando en el capítulo II del *Documento* acerca de la «Mirada de los discípulos misioneros sobre la realidad»⁹³ los Obispos se preguntan por lo que los interpela en este tiempo de cambio, destacan como positivo para el encuentro con Jesucristo «la animación bíblica de la pastoral» por cuanto «aumenta el conocimiento de la Palabra de Dios y el amor por ella»⁹⁴. Es la primera vez que un documento magisterial de esta índole habla de la pastoral bíblica como «animación bíblica de la pastoral».

Luego, en el capítulo VI, al hablar del «itinerario formativo de los discípulos misioneros» y recordar las mediaciones para el encuentro con Jesucristo vivo⁹⁵, los Obispos describen en tres números (ns° 247-249) la importancia insustituible de la Escritura en cuanto Palabra reveladora y salvífica que, a quien la acoge, lo conduce al conocimiento y participación del misterio de Dios y su voluntad⁹⁶. La primera mediación de encuentro con Jesucristo que se nombra es la *Sagrada Escritura*, a la que sigue la liturgia, la Eucaristía y el día domingo, el sacramento de la reconciliación, la oración personal y comunitaria, la comunidad viva en la fe y el amor fraterno, los pobres, afligidos y enfermos, y la piedad popular⁹⁷.

Antes de tratar lo que en el *Documento de Aparecida* se entiende por "animación bíblica de la pastoral" contextualicemos el tema, precisando las eclesiologías subyacentes a la "pastoral de cristiandad" y a la "pastoral de conjunto" o, mejor llamada ahora, "pastoral orgánica".

b. Pastoral de cristiandad y pastoral orgánica: eclesiologías en juego

La eclesiología subyacente a la *pastoral de cristiandad* es la de "pueblo de Dios" de antes del Concilio Vaticano II, caracterizada por

⁹³ DA 33-100.

⁹⁴ DA 99,a.

⁹⁵ DA 240-346.

⁹⁶ DA 172.

⁹⁷ DA 250-265; DS 102-107.

un notable “eclesiocentrismo” derivada de la concepción de la Iglesia como “cuerpo místico de Cristo” y, por tanto, “sociedad perfecta”, eclesiología «fuertemente jurídica en detrimento de una concepción histórica y sacramental de la Iglesia»⁹⁸.

La actual eclesiología de “pueblo de Dios” sustentada en el Concilio Vaticano II aún no logra en la práctica sacarse del todo los siglos de régimen de cristiandad con su concepción clerical de la Iglesia, su forma de ejercer la autoridad y concebir el protagonismo en la evangelización, lo que trae repercusiones negativas para la pastoral orgánica⁹⁹. Por la falta de formación y de participación real de los laicos en los diversos niveles de decisión de la Iglesia, aún en varias partes, el protagonismo exclusivo en la conducción y evangelización de la Diócesis lo sigue teniendo el Obispo y el clero¹⁰⁰. Por los frutos que se ven, no se practican del todo los principios que se deducen de la eclesiología de “pueblo de Dios” y que sustentan la pastoral orgánica: subsidiaridad, participación, descentralización y desconcentración. Por estas y otras razones, una de las deficiencias de dicha pastoral es precisamente su falta de organicidad, pues muchas veces no pasa de ser un “conjunto de pastorales”, es decir, una “pastoral de colectivos”.

Se requiere superar los límites que arrastramos de la pastoral de cristiandad y plantear una *pastoral orgánica* «renovada y vigorosa» que sirva «mejor a las necesidades de los fieles»¹⁰¹, procurando «una respuesta consciente y eficaz» conforme las exigencias del mundo de hoy¹⁰². Esta pastoral debe sustentarse en una eclesiología que tenga por modelo el Misterio trinitario¹⁰³ y una más profunda comprensión de la enseñanza paulina sobre la Iglesia, Cuerpo de Cristo, de quien

⁹⁸ DE FRANÇA, *Aparecida*, 32; cfr. 32-34. Cfr. A. BRIGHENTI, *Reconstruyendo la esperanza. Cómo planear la acción de la Iglesia en tiempos de cambio*, México DF 2001, 33-43.

⁹⁹ «Nos referimos, para mencionar algunos, al clericalismo, a los intentos de volver al pasado, a lecturas y aplicaciones secularizadas de la renovación conciliar, a la ausencia de autocritica, de una auténtica obediencia y de ejercicio evangélico de la autoridad, a los moralismos que debilitan la centralidad de Jesucristo...», *DS*, n° 79; ver n° 83. Cfr. *DA*, n° 100, b.

¹⁰⁰ *DA* 100, b-c; 212.

¹⁰¹ *DA* 169 y 99, g.

¹⁰² *DA* 371; cfr. n° 169.

¹⁰³ *DA* 155; 304.

-como Cabeza del Cuerpo- proviene su vitalidad y fecundidad. De este modo queda más claro que la Iglesia, icono de la Trinidad, es el Cuerpo (comunidad, ministerios, carismas), don del Padre al Hijo, mediante el cual el Espíritu hace actual la buena nueva del Reino.

Cuando se comprende la substancial igualdad y vocación al discipulado en santidad para todos los bautizados¹⁰⁴, la evangelización exige el protagonismo de todos en razón del sacramento del bautismo. Esto requiere, junto a los otros principios mencionado, favorecer efectivamente el de la "corresponsabilidad eclesial" de todo cristiano¹⁰⁵. Además, requiere una clara voluntad de poner, mediante la «conversión pastoral»¹⁰⁶, las estructuras administrativas y evangelizadoras de la Iglesia al servicio de la vocación y misión del pueblo cristiano¹⁰⁷. Para la misión de la Iglesia todos necesitamos de todos, y ninguna pastoral puede ya ser un compartimento cerrado que se basta por sí misma.

En el marco de la pastoral orgánica y de la eclesiología que la sustenta, la *Sagrada Escritura*, en cuanto consigna la Palabra de Dios viva y salvadora, ya no se puede concebir como objeto específico de una pastoral. Si la Palabra es Vida nueva con que la Cabeza nutre a su Cuerpo para que viva en comunión con Él y proclame el Reino, el acceso a la Palabra no es privilegio de los que participan en "la pastoral bíblica", sino de todo el pueblo de Dios, pastores y fieles. Prescindir de la Vida de la Cabeza es renunciar a la vinculación con Jesucristo y al anuncio de la Buena nueva.

En este nuevo concepto de pastoral orgánica y de conciencia renovada de la función de la Palabra de Dios se inscribe la reflexión de los Obispos en Aparecida. Por ello hablan de "animación bíblica de la pastoral del pueblo de Dios".

Precisemos el concepto.

¹⁰⁴ DA 163; 184.

¹⁰⁵ DA 202; 226,b; 368.

¹⁰⁶ DA 365-366.

¹⁰⁷ DA 172.

c. Animación bíblica de la pastoral, descripción y tareas

• Descripción

En “nuestra casa”, que es la Iglesia Católica, el discípulo encuentra todo aquello que alimenta su vinculación íntima con Jesucristo Camino, Verdad y Vida¹⁰⁸. Lo primero que la Iglesia ofrece a los suyos es la proclamación de la Palabra y la posibilidad de encontrar a Jesús en las Sagradas Escrituras leídas en la Iglesia y en el contexto de la vida.

La *Escritura* cumple su rol de efectiva mediación cuando se lee como Palabra de Dios escrita por inspiración del Espíritu Santo que testimonia la historia salvífica a la que Dios conduce a la humanidad. Por lo mismo, es indispensable «proponer a los fieles la Palabra de Dios como don del Padre para el encuentro con Jesucristo vivo, camino de “auténtica conversión y de renovada comunión y solidaridad” (*EAm* 12)»¹⁰⁹. El camino de encuentro con Jesucristo mediante la Escritura exige, como enseña BENEDICTO XVI, «el conocimiento profundo y vivencial de la Palabra de Dios»¹¹⁰.

Para mostrar las consecuencias del «conocimiento profundo y vivencial de la Palabra de Dios», los Obispos en Aparecida nos recuerdan algunos encuentros con el Señor: el de «Nicodemo y su ansia de vida eterna (Jn 3, 1-21), la Samaritana y su anhelo de culto verdadero (4, 1-42), el ciego de nacimiento y su deseo de luz interior (Jn 9), Zaqueo y sus ganas de ser diferente (Lc 19, 1-10)...», y así tantos otros¹¹¹.

Se trata de hombres y mujeres que llegaron al encuentro con Jesús con su historia íntima, anhelantes de algo nuevo, y que alcanzaron la luz y fueron recreados «porque se abrieron a la experiencia de la misericordia del Padre que se ofrece por su Palabra de verdad y vida. No abrieron su corazón a algo del Mesías, sino al mismo Mesías»¹¹². Este encuentro con el Señor es el que inicia un proceso de discipulado, de vida en comunión con los hermanos, de testimonio del Reino y trans-

¹⁰⁸ DA 246.

¹⁰⁹ DA 248.

¹¹⁰ DI 3, citado por DA 247; cfr. n° 226,b.

¹¹¹ DA 249.

¹¹² Idem.

formación de la sociedad. Para ellos, la Palabra divina no se redujo sólo a nociones, sino que iluminó y alimentó su vida en Cristo¹¹³.

Por la centralidad insustituible del encuentro con Jesucristo los que participan en las pastorales ya sea como agentes ya como destinatarios necesitan escuchar y encarnar la Palabra de Dios que la *Sagrada Escritura* consigna. Sólo de esta forma madura la experiencia religiosa de cada fiel en la Iglesia¹¹⁴.

En la acción evangelizadora de una Iglesia concebida a la luz de la eclesiolología del Concilio Vaticano II, que hace cada vez más orgánica su propuesta pastoral, la Biblia es *fuentes de evangelización* en cuanto mediación insustituible de encuentro con Jesucristo vivo. La Palabra de Dios que la Escritura ofrece debe ser inspiradora de todas las fases de la pastoral parroquial y diocesana: la reflexión y el discernimiento, la toma de decisiones y la planificación, la ejecución y la evaluación¹¹⁵. De esta forma, además de ser «el alma de la teología»¹¹⁶, la Palabra de Dios está llamada a convertirse en el *alma de la misión evangelizadora* de la Iglesia¹¹⁷.

Dicho con una metáfora: la Palabra de Dios no puede ser una *rama* más del conjunto del árbol que es la Iglesia, sino la *savia* que corre por su tronco y nutre todas sus ramas. Donde haya evangelización ahí deberá estar la Palabra de Dios con su multiforme presencia, iluminando y animando el anuncio del Reino. Los Obispos en Aparecida hablan de la Escritura como *faro* que ilumina el camino y la actuación de la Iglesia de Cristo¹¹⁸.

Según esta concepción de pastoral bíblica, su finalidad es la *animación bíblica de la pastoral del pueblo de Dios*, es decir, que la Palabra de Dios consignada en la *Escritura* suscite, forme y acompañe la vocación y misión del discípulo de Cristo y dé contenido a las acciones organizadas de la Iglesia en su misión evangelizadora. Por tanto, ya

¹¹³ DA 323.

¹¹⁴ DA 226,a; DS 77.

¹¹⁵ DA 371.

¹¹⁶ DV 24.

¹¹⁷ DP 372; DA 248.

¹¹⁸ DA 180.

no se trata de la Biblia como preocupación exclusiva de algunos en la Iglesia (grupos o círculos bíblicos...), sino de la Palabra inspirada como *fuentes teológica y espiritual* de santidad cristiana y de proclamación de la buena nueva de Jesucristo para alcanzar «la madurez conforme a su plenitud» (Ef 4,13).

De este modo estamos fundamentando «nuestro compromiso misionero y toda nuestra vida en la roca de la Palabra de Dios»¹¹⁹.

- Tareas

El gran desafío de la animación bíblica de la pastoral es recuperar para todos los fieles la riqueza de la Escritura como alimento imprescindible que la Cabeza (el Señor glorificado) ofrece a su Cuerpo (la Iglesia redimida).

Las tareas de la *ABP* se deducen de la naturaleza y función de la Escritura como mediación de encuentro y comunión de la Cabeza gloriosa con su Cuerpo redimido.

Las enseñanzas del CONCILIO VATICANO II asumidas por las CONFERENCIAS GENERALES DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO describen la *Sagrada Escritura* como “Palabra de Dios escrita por inspiración del Espíritu Santo confiada a la Iglesia para nuestra salvación”¹²⁰.

De esta descripción se deducen las *tres tareas básicas* de la animación bíblica de la evangelización del pueblo de Dios¹²¹:

- a- Como la Biblia es obra literaria, se accede a la Palabra de Dios mediante “el lenguaje” de los autores que la pusieron por escrito. Para conocer adecuadamente la Palabra de Dios se requiere, por tanto, interpretar la mediación de comunicación (lenguajes) de autores humanos según sus contextos literarios, históricos y religiosos.

¹¹⁹ DI 3.

¹²⁰ DV 11; 21.

¹²¹ Para lo que sigue, DV 12; DA 248. Cfr. CONFERENCIA EPISCOPAL DE CHILE, *Orientaciones para la animación bíblica de la pastoral*, Santiago de Chile 2007, ns° 41-55.

Una primera labor de *ABP* es acompañar la comprensión de los sentidos genuinos de los textos bíblicos, por lo que debe ser *escuela de interpretación* o de conocimiento de la Palabra de Dios.

- b- Como la Biblia es obra literaria "inspirada" por el Espíritu, nos da a conocer «la verdad que Dios hizo consignar en dichos libros para salvación nuestra»¹²². Por tanto, la Palabra de Dios que la Escritura contiene en lenguaje humano es viva y eficaz para los discípulos misioneros, pues hoy hace presente al Señor como Mesías salvador.

Una segunda labor de la *ABP* es ayudar y enseñar al discípulo misionero a actualizar la Palabra de Dios mediante el diálogo permanente con Jesucristo, por lo que debe ser *escuela de comunión y oración*, es decir, de encuentro orante con el Señor gracias a los textos bíblicos inspirados.

- c- Como la Biblia está confiada a la Iglesia para que la proclame como Palabra preñada de salvación es -por un lado- lugar teológico y pastoral de discernimiento y -por otro- fuente y contenido de la evangelización.

Una tercera labor de la *ABP* es educar a los discípulos misionero a proclamar la Palabra y "a actuarla", es decir, concretarla en motivaciones, afectos y conductas que respondan a los sentimientos de Jesús (Flp 2,5), por lo que debe ser *escuela de evangelización inculturada* o de proclamación de la Palabra.

De este modo, la pastoral bíblica entendida como "animación bíblica de la pastoral" satisface la permanente necesidad de los discípulos de Jesús de nutrirse con el pan de la Palabra mediante «la interpretación adecuada de los textos bíblicos», de su empleo «como mediación de diálogo con Jesucristo» y como «alma de la propia evangelización y del anuncio de Jesús a todos»¹²³.

¹²² DV 11.

¹²³ DA 248.

Una de las formas más adecuadas para nutrirse con toda la riqueza del pan de la Palabra -según los Obispos en Aparecida- es la *Lectio divina*, la que presentan como una de las importantes tareas de la *ABP*. Este «ejercicio de lectura orante de la Sagrada Escritura» suscita el «encuentro con Jesús-Maestro», el «conocimiento del misterio de Jesús-Mesías», la «comunión con Jesús-Hijo de Dios» y el «testimonio de Jesús-Señor del universo»¹²⁴.

La impresión, al recurrir a estos cuatro títulos cristológicos, es que se está pensando en los cuatro pasos clásicos de la *Lectio* que hacen posible el encuentro con Jesucristo revelado según la dimensión que el título indica:

- a- Por la *lectura* se busca la comprensión genuina de las enseñanzas del único «Maestro de vida y verdad»¹²⁵, pues «sus palabras son Espíritu y Vida (Jn 6,63.68)»¹²⁶. El creyente que practica la *Lectio divina* “se sienta a los pies” de su Maestro, es decir, se hace discípulo en escucha atenta de la Palabra para hacer lo que Él le diga (Jn 2,5)¹²⁷.
- b- Por la *meditación*, el discípulo misionero introduce en su historia y vida la luz interpeladora de Jesús Mesías y adquiere su fuerza salvadora que lo recrea y le permite seguirlo. Así, reconociendo su debilidad, acude confiado al Dios de su salvación. María es modelo de discípulos misioneros por su constante meditación de la Palabra y de las acciones de Jesús¹²⁸.
- c- Por la *oración*, tan propia de los que tienen hambre y sed de Dios¹²⁹, quien practica la *Lectio divina* se pone como hijo o hija en Jesús, Hijo de Dios, que lo introduce en su propio misterio y, por lo mismo, le da a conocer a su Padre y su voluntad¹³⁰. De este modo, el Padre reina como Padre, pues nos hace partícipes

¹²⁴ DA 249.

¹²⁵ DA 186.

¹²⁶ DA 103.

¹²⁷ DA 364; DS 138.

¹²⁸ DA 266.

¹²⁹ DA 99,g.

¹³⁰ DA 137; 255; 319.

de su vida divina que es consuelo y luz, fortaleza y sabiduría. La oración nos dispone, como al Hijo, a ofrecer la vida al Padre para salvación de todos¹³¹.

- d-* Por la *contemplación* amorosa de la Verdad¹³², el discípulo misionero goza admirado del misterio del Señor resucitado y, por lo mismo, adquiere una mayor luz para ver su propio misterio y vocación¹³³. El contemplativo, identificado con «la imagen de Jesucristo, nuevo Adán (1 Cor 15, 45)»¹³⁴, se dispone así a ser testigo del Señor glorificado. De la contemplación del rostro del Señor en los que sufren surge la opción por ellos¹³⁵. La contemplación sin la acción transformante y sin el servicio solidario es infecunda.

Conclusión

¿Cuáles son las proyecciones de la V Conferencia respecto a la Sagrada Escritura? ¿Cuál debiera ser su función en la formación de discípulos misioneros para que los pueblos tengan vida?

Tomando el aporte de una de las Conferencias Episcopales a Aparecida, estas preguntas las podemos plantear así: ¿qué hacer para que la Palabra de Dios sea, por sobre todas las cosas, «una hermosa y profunda propuesta de buenas noticias para toda persona y la humanidad, a fin de que en Jesucristo tengan Vida»?

Podemos resumir la respuesta a estas preguntas en *cuatro proyecciones*:

a)- La Sagrada Escritura, fuente de auténticos encuentros con Jesucristo vivo

La Palabra de Dios escrita debe ser gestora del encuentro con Jesús resucitado, *Camino, Verdad y Vida* (Jn 14,6), nutriendo la amis-

¹³¹ DA 134; 143.

¹³² DA 494.

¹³³ DA 41; 107.

¹³⁴ DA 27.

¹³⁵ DA 257; 393.

tad con el Señor y posibilitando un auténtico discipulado misionero en la Iglesia.

Lo hará si la Palabra *se interpreta adecuadamente*, abriendo al conocimiento de Jesús en cuanto *único Camino* para vivir como hijos del Padre, si *se ora personal y comunitariamente* posibilitando un diálogo frecuente y fecundo con Jesús en cuanto *Vida nueva*, y si es *f fuente de evangelización propia y de otros* animando la conversión personal y suscitando el anuncio de Jesús en cuanto *Verdad que salva*.

b)- La Sagrada Escritura, fuente de crecimiento en humanización

El encuentro verdadero con Jesucristo y con los hermanos es camino de encuentro consigo mismo mediante el discernimiento que confronta la propia existencia (intenciones, motivaciones y acciones) con el proyecto del Padre de alcanzar «la madurez conforme a la plenitud» de Jesús de Nazaret, su Mesías e Hijo (Ef 4,13)¹³⁶.

La Palabra de Dios es camino de reconstrucción de personalidades intensamente humanas e intensamente discipulares y misioneras.

c)- La Sagrada Escritura, fuente de comunión y de comunidades

La Sagrada Escritura permite escuchar y configurarse con Jesucristo de quien brota la filiación y la fraternidad. El empeño por dejar que nuestras palabras y acciones sean generadas y discernidas por la Palabra de Dios que la Escritura ofrece nos ayuda a vivir en creciente radicalidad la vocación de “familia” del Padre. Así como las primeras comunidades vivían y se extendían por la proclamación y escucha de la Palabra (Hch 6,7; 19,20), así también hoy la Palabra congrega en comunidad a los discípulos misionero.

414

La Sagrada Escritura vive en la comunidad y, a la vez, hace que la comunidad sea Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo y Templo del Espíritu.

¹³⁶ DS 120; 128.

Por tanto, la relación entre Biblia e Iglesia es esencial: la Iglesia proclama la Palabra, la Palabra construye la Iglesia y en ésta se interpreta y ora.

La comunidad, inserta en el mundo y como signo de comunión, está llamada a construir una sociedad más equitativa y más humana, que cada vez más sea Reino de Dios.

d)- *La Sagrada Escritura, fuente del compromiso por el Reino de justicia y vida*

La luz de la Palabra de Dios nos ayuda a reflexionar «sobre los diversos problemas humanos y madurar opciones responsables inspiradas en el amor universal de Cristo»¹³⁷. Toda pastoral, si quiere ser tal, debe preocuparse por asumir la realidad (*encarnación*) y anunciar el Reino de justicia y vida (*redención*) respondiendo a los desafíos que nos presenta la sociedad (*evangelización*). Con mayor razón la animación bíblica de la pastoral.

El contacto directo, orante y contextual con la Palabra de Vida que la Sagrada Escritura ofrece nos tiene que llevar a un compromiso serio de fraternidad y solidaridad. Un importante desafío de la animación bíblica es implementar caminos y medios que ayuden a impulsar e iluminar la opción preferencial por los pobres para que no se quede «en un plano teórico o meramente emotivo, sin verdadera incidencia en nuestros comportamientos y en nuestras decisiones»¹³⁸.

¹³⁷ JUAN PABLO II, *Ecclesia in America*, n° 41.

¹³⁸ DA 397.